

Damián Yáñez

Oseira: reforma del claustro de medallones

Una de las grandes novedades introducidas en la restauración del monasterio, es indudablemente la reforma del claustro procesional o de medallones, que no dudo ha de ser del agrado de la inmensa mayoría de cuantos conocen Oseira. Puede decirse que con la nueva restauración el edificio sale ganando mucho, puesto que desde ahora el interior presenta una fisonomía nueva, desconocida de cuantos le conocen. Seguramente causará grata sorpresa en todos el haber autorizado a la comunidad llevar a cabo un proyecto –acariciado desde hace muchos años– que se imponía como necesario.

En el momento de redactar este trabajo –noviembre de 1995– se acaban de abrir los arcos de este claustro, cerrados hace varios siglos con unas ventanas que le favorecían bien poco. Al penetrar en él, daba la sensación de entrar en un sótano lóbrego, con un ambiente de humedad tan intensa, que en la época de invierno era peligroso circular por él, porque se patinaba. Ahora, por el contrario, todo es luz y sol radiante el que penetra a través de las grandes arcadas, a mi modo de ver las más esbeltas de los tres claustros, por las que todos pueden contemplar rincones preciosos del edificio, desconocidos hasta ahora.

Con el fin de ambientar un poco este pequeño trabajo sobre este nuevo enriquecimiento del edificio, quiero aprovechar la ocasión para ofrecer unas breves reflexiones sobre el sentido y papel que desempeña el claustro en un monasterio.

SU ORIGEN

Si alguien me preguntara lo que es un claustro, le podía contestar con esta especie de definición: Se entiende por claustro ciertas galerías cubiertas que se levantan en medio de un edificio, las cuales ponen en comunicación las distintas dependencias de una abadía, de un monasterio, de una colegiata

fueron la construcción de pilares macizos y contrafuertes, a fin de contrarrestar el empuje de las bóvedas. En los claustros ojivales la cubierta característica es la bóveda de crucería, pero hay numerosos ejemplares de cubiertas de madera en toda la región mediterránea.

La arquería románica se compone de una serie de columnas con capitel y basa, que descansan sobre un *podium* o banqueta general; las columnas están unidas con arcos de medio punto, y el enjutado cubierto por una cornisa. La serie de columnas van repartidas en tramos iguales, o en grupos de columnas alternando con machos o contrafuertes. Las columnas son dobles a lo ancho del espesor del muro, pero existen claustros románicos con columnas sencillas y otros con grupos de cuatro columnas; la doble línea de columnas, permite dar al muro todo el espesor necesario y contrarrestar el empuje oblicuo de las bóvedas, por lo tanto, la separación de los fustes es variable según la naturaleza de los materiales empleados. En los claustros cubiertos con bóvedas de crucería, los arcos tienen grandes dimensiones, y están separados por contrafuertes y pilares; en el vano del arco se insertó al principio una tracería muy maciza que después ganó en elegancia utilizándose.

EL CLAUSTRO EN LA RB

San Benito descubrió pronto los grandes valores que juegan los claustros en sus monasterios, pues habla explícitamente de ellos en dos ocasiones, aunque en un sentido amplio y genérico, considerándole como idea representativa de sus monasterios. Ya al comienzo de su regla, en el c. 4 titulado *De los instrumentos de las buenas obras*, en que traza un programa completo de vida ascética, que abarca toda la doctrina evangélica, las virtudes teológicas y morales, así como toda una serie de principios fundamentales que debe practicar el monje, si quiere llenar el papel que entraña su vocación; en las últimas recomendaciones –luego de enumerar los setenta y dos instrumentos– que le ofrece para llevar a cabo esa labor santificadora –obra de toda su vida– le señala con el dedo el lugar donde debe conseguir esa santidad de vida, mediante estas palabras: *Officina vero ubi haec omnia diligenter operemur claustra sunt monasterii et stabilitas in congregatione*, es decir, la oficina donde hemos de practicar con diligencia todas estas cosas son los claustros del monasterio y la estabilidad en la familia monástica. (c.4).

Aquí el Santo hace uso de la figura retórica que los literatos llaman sinécdoque –consistente en tomar la parte por el todo– o sea, el sentido es todo el recinto monasterial, pero el santo lo ha querido representar únicamente por los claustros, para que se vea la importancia que ya en aquellos tiempos merecía esta parte del cenobio.

Un ilustre historiador del monaquismo en nuestros días, refiriéndose a la ornamentación desplegada en los claustros monásticos, nos ofrece unos cuantos nombres de gran relieve artístico, que bien pudiéramos ampliar: “El de San Pedro de Galligans, notable por la elegancia y variedad de sus esculturas; el de San Cugat del Vallés, donde el artista Arnaldo Castell dejó figuras llenas de gracia e inspiración; el de San Juan de la Peña, que esconde sus piedras historiadas bajo la bóveda de la roca milagrosa, y el de Santo Domingo de Silos, maravilla única ante la cual palidece cuanto produjo el arte románico. No fueron los monjes solos los que produjeron estas obras admirables: a su lado estaban los esclavos moros, conocedores de las tradiciones del Oriente; los siervos de las abadías, los obreros y las gentes devotas, que trabajaban por la salvación de su alma y los gremios de canteros ambulantes, lombardos y lemosines, andaluces y gallegos. Pero la dirección la daban los grandes abades como Domingo y Oliva, y los monjes mismos eran los que realizaban las obras”².

Esta profusión de arte desplegada en los claustros se suspendió en gran parte, sobre todo cuando san Bernardo arremetió con vehemencia contra esa decoración profusa e historiada, considerándola como algo superfluo y completamente ajeno a la espiritualidad monástica: “Pero en los capiteles de los claustros —escribe el santo—, donde los hermanos hacen su lectura, ¿qué razón de ser tienen tantos monstruos ridículos, tanta belleza deformada y tanta deformidad artística? Esos monos inmundos, esos fieros leones, esos horribles centauros, esas representaciones y carátulas con cuerpos de animal, y caras de hombres, esos tigres con pintas, esos soldados combatiendo, esos cazadores con bocinas? Podrás encontrar también muchos cuerpos humanos colgados de una sola cabeza, y un solo tronco para varias cabezas. Aquí un cuadrúpedo con cola de serpiente, allí un pez con cabeza de cuadrúpedo, o una bestia con delanteros de caballo y sus cuartos traseros de cabra montañés. O aquel otro bicho con cuernos en la cabeza y forma de caballo en la otra mitad de su cuerpo. Por todas partes aparece tan grande y prodigiosa variedad de los más diversos caprichos, que a los monjes más les agrada leer en los mármoles que en los códices, y pasarse todo el día admirando tanto detalle sin meditar en la ley de Dios. ¡Ay Dios mío! Ya que nos hacemos insensibles a tanta necedad, ¿cómo no nos duele tanto derroche?”³.

Desde luego, esta manera un tanto violenta de arremeter contra la profusa decoración benedictina, no quiere decir que el Santo no amara el arte o fuera insensible al mismo, antes lo que intentaba era disuadir a sus monjes de que se dedicaran a esos trabajos, y mucho menos a entretenerse en la contemplación de las escenas representadas en ellos. Razón tuvo el historiador anteriormente citado para quejarse de tales denuedos del abad de Cla-

res", sólo comparable al templo y a la sala capitular. locales principales en que se desarrolla la vida del monje.

PLANTA DE ABADÍA CISTERCIENSE

Digamos, antes de comenzar, que las construcciones cistercienses, sobre todo a partir de la Apología de san Bernardo, se impusieron como norma y se caracterizaron por una peculiaridad llamativa, que era la sencillez o simplicidad. Principalmente fue san Bernardo –como decíamos– quien más influyó para que el arte cisterciense se ajustara a unos patrones cargados de sobriedad y sencillez. En su tiempo, diríase que se siguieron con rigor, por lo general, sus directrices, pero a poco de fallecer se abrieron los monjes a las nuevas corrientes, adaptando fórmulas nuevas en boga en los diversos estados. Con todo, siempre sería la sencillez la tónica característica de sus construcciones.

Existe un plano tradicional⁷ al cual se ajustaban las casas en la manera de distribuir los locales. De ordinario era la iglesia la que marcaba el ritmo de las demás dependencias. Esta se halla, de ordinario, a la parte norte del edificio, por lo que todos los demás locales se levantan a la parte sur, como cobijados a su abrigo. Pero algunas veces, cuando la iglesia la construían a la parte sur, en este caso el edificio se levanta a la parte contraria, que es el norte, pero siguiendo idéntica distribución de los locales.

La iglesia cisterciense primitiva suele ser de tres naves, crucero y presbiterio, con tres o cinco capillas absidales, de forma rectangular⁸ en un principio, pero pronto se cambió su estructura, haciéndolas semicirculares. Centrándonos ya en nuestro monasterio de Oseira, diremos que el plano primitivo coincide en la mayoría de los locales regulares con el tradicional de la Orden, tan divulgado en muchas obras de arte. Está la iglesia al norte⁹, es de tres naves, crucero poco saliente y girola o deambulatorio en la cabecera, con cinco capillas absidales, que en un principio eran semicirculares, como la capilla mayor, pero en el s. XVIII se hicieron rectangulares. En el brazo sur del crucero se abren dos puertas. Una da acceso a la sacristía¹⁰, y la otra comunica con el claustro procesional, alrededor del cual se desarrolla toda la vida del monje, como hemos de ver en breve.

Consta éste de cuatro galerías, correspondientes a los cuatro puntos cardinales. La del norte es paralela al templo, y en ella es donde los monjes antiguos cumplían con una de sus peculiares obligaciones –recomendada con insistencia por la RB– la *lectio divina*, la lectura espiritual. En la mayoría de los monasterios sirvió para este ejercicio de lectura el ala norte, la paralela a la iglesia –cuando ésta se hallaba en ese lado del edificio–; pero si el templo

cual –según queda dicho– no estaba permitido hablar, sino que había que salir al locutorio cuando se quería manifestar a alguno cosas necesarias.

Desde el claustro procesional se accedía a los lugares principales del monasterio, tales como la sala capitular¹⁶, de ordinario en todos los monasterio de una factura magnífica: puerta de acceso con preciosas archivoltas y dos ventanales grandes a uno y otro lado. A continuación de la sala capitular está la subida al dormitorio, y seguidamente se halla el pasillo de salida a la huerta, que a la vez es el lugar destinado a locutorio¹⁷, en el cual se permitía hablar, por no poder hacerlo en los claustros. Sigue después la entrada al gran salón de estar de los monjes, que solía servir también de escritorio, todo en el ala oriental del claustro. En el ala de mediodía, estaba la entrada al refectorio, siempre situado en la parte opuesta del templo, no paralelo sino perpendicular al claustro¹⁸.

Frente a la puerta del refectorio existía una entrada que daba acceso al patio enmarcado dentro del claustro, donde estaba el lavabo, que solía ser un templete magnífico¹⁹, con agua corriente para que los monjes pudieran asearse antes de entrar en refectorio. Todavía se pueden admirar bellísimos ejemplares de lavabos en algunos monasterios, tales como Alcobaça, Poblet, Santes Creus, Rueda...²⁰.

Qué concepto tiene el monje y qué impresión le produce el tránsito por este lugar y cómo se comporta en él, lo evidencia el testimonio del monje antes citado: “Todo aquí está en calma, todo en paz. El claustro no ve pasar sino las lentas procesiones dominicales, y el andar grave de los monjes en oración; porque ¿a qué fin inquietarse, apresurarse? El porvenir está en manos de Dios. Silencio, sobre todo. ¡En el claustro no se habla! Y si es necesario decir algo, se dice en voz baja, no sea que el estrépito ahuyente al “ángel de la oración”, Sólo se oye allí el eco de la salmodia que llega del coro, el murmullo del surtidor del estanque, y, al amanecer y anochecer, el gorjeo de los pajarillos que revolotean junto al ciprés. ¡Silencio de los hombres y de las cosas; pero la imperceptible palabra de Dios déjase oír en el fondo del corazón!”.

EL CLAUSTRO DE MEDALLONES

Existen en Oseira tres claustros, correspondientes a otros tantos patios, pero en los primeros tiempos, y hasta el s. XVI solamente existió el llamado claustro procesional o de medallones, de tradición rigurosa en todos los monasterios, que ocupa el lugar descrito en el plano anterior, y cuya arquitectura sería indudablemente parecida a la del templo y a la de la sala capitular primitiva. Era uno de los lugares regulares que llevaban la primacía en su

boa. Según la crónica del monasterio, en la fiesta de Todos los Santos “de el año mil setecientos cinquenta y cinco, a hora de las nueve, y tres quartos de la mañana, poco más o menos, subcedió un temblor y terremoto general en toda la Europa, tan violento y fuerte, que causó e hizo muchos estragos y daños en diversas partes de el mundo, especialmente en algunas ciudades y lugares de nuestro continente de España, especialmente en la ciudad de Lisboa, Corte de Portugal, en donde cayeron muchos edificios y templos, pereciendo con este fatal y trágico successo mucha gente de todos estados, caudales y otros efectos; de modo que quedó asustada la que reservó la vida... Tocaba el Relox de suio con el mismo temblor, de manera que parecía tañía a fuego y consternaba a todos el prodigio; pero quiso la divina Magestad que no causase daño maior en este monasterio, pues en otros edificios hizo mucho daño porque se sintieron bastante”²⁸.

Creo sinceramente que en esta ocasión se resintió bastante no sólo el claustro, sino también el refectorio del s. XVI, pues todos hemos conocido la enorme grieta vertical que se abrió en la pared de la cabecera, siendo causa de que su bóveda de nervatura gótica se hundiera. Las obras que nos legaron los monjes estaban hechas con vistas a que duraran siglos, a no ser por estos accidentes atmosféricos que podía hacerlas peligrar.

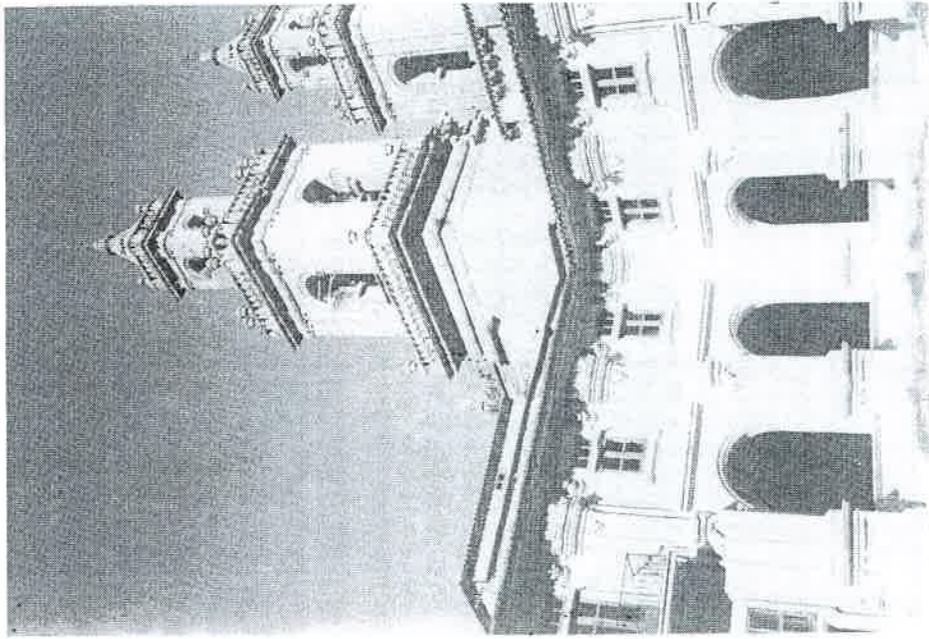
La serie de claves de bóvedas que se han encontrado en los cimientos nos ponen en evidencia que dicho claustro anterior era de factura distinta, no con bóveda de arista, como en el momento actual.

La obra de apertura de los arcos ha sido muy fácil. La parte alta comprendida dentro de la curva del arco, aparecía completamente lisa y suelta, mientras los laterales tenían ligeros salientes necesarios para ensalzar las piedras colocadas para cerrar el arco, con el fin de que los sillares que llenaban el ancho adquirieran consistencia, de lo contrario era fácil la ruina en cualquier movimiento sísmico. En menos de un mes ha quedado perfectamente restaurado, como si siempre hubiera estado en condiciones perfectas. En el momento de redactar estas notas se están restaurando los tejados alrededor del claustro, y una vez terminados, se acabará de remodelar el patio y colocar posiblemente la segunda fuente.

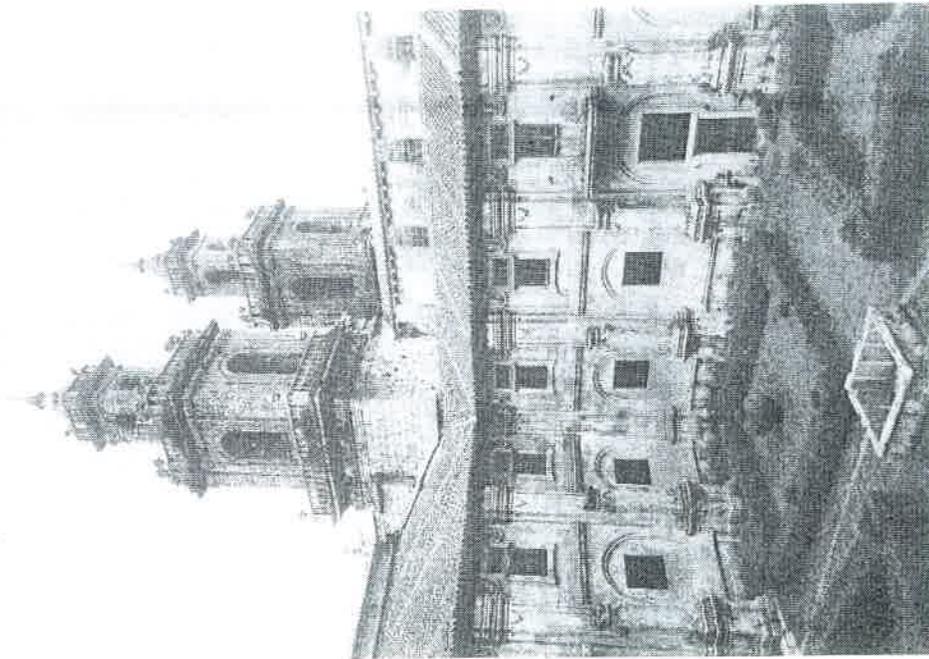
NOTAS

1. En muchos monasterios del Císter se conservan en los claustros bellos enterramientos de esas personas nobles, bienhechoras de los mismos.

2. Cfr. PEREZ DE URBEL, Fray Justo, *El monasterio en la vida española*, Barcelona 1942, 193-194. Se extiende el autor destacando la labor artística realizada por los monjes medievales.



Oseira. Claustro reglar después de la reforma



Oseira. Claustro reglar antes de la reforma

